

El dulce sabor de la amargura

Poema y poesía en Rubén Bonifaz Nuño

Carlos Gómez Carro

*...separados
por el largo adiós que nos reúne.*

Rubén Bonifaz Nuño

COMO PROMETEO, SABEMOS, el poeta nos entrega el fuego. Mejor diré: la luz del fuego. Ojos para mirar, oídos para escuchar. Manos que nos muestran cómo se esculpe con palabras. Figuras del cielo y del infierno, de la armonía y el desorden, de la dulce amargura del amor; de aquellos tres temas que Juan José Arreola señalara son los esenciales de toda poesía: el amor, la vida y la muerte. Las tres heridas con las que, nos anunciaba el poeta Miguel Hernández,¹ llegamos. Heridas con las que también partimos.

Rubén Bonifaz Nuño (Córdoba, Veracruz, 1923) sabe que va a decirnos algo que ya sabemos, pero hemos olvidado que sabemos. En *De otro modo, lo mismo* (1979), libro que reúne el conjunto de su obra poética publicada entre 1945 y 1971 (en *Versos* aparece la poesía que publica de 1978 a 1994), el poeta es Mismo, así, con mayúscula; es decir, tú, yo, nosotros. Ojos que nos arman con el valor de mirar en el espejo nuestra diaria desventura. La irremediable visión de nuestro lento despeñar en el abismo de la existencia. ¿Queremos ser felices? Cerremos los libros como si cerráramos los ojos, tapémonos los oídos. ¿Queremos la esperanza de que tal vez, y sólo tal vez, no todo sea Infierno? Abramos las páginas de libros como los suyos, como quien se ata a un mástil para escuchar un canto arrebatado.

Como la tinta roja y la negra con la que los tlacuilos ingeniaban sus imágenes duales, así Bonifaz Nuño nos entrega la tinta roja de su sangre y la negra de la sombra de su voz. Asomada la sombra del poeta a la luz de la poesía.

Una muchacha que es siempre ella en su armoniosa estatura, porque es simultáneamente ella y es la poesía y es también la rosa. El poeta la recorre con su laberinto de palabras y nos enseña que el amor comienza cuando ya ha concluido. Que el amor es dulce amargura, el saber que se ha extraviado. ¿Y cuál, entonces, la esperanza? Ah, es que a veces la muchacha despierta de su sueño y los ojos se entreabren y nos miran, miran al mirar nuestra mirada y nos iluminan en ese momento epifánico que llamamos poesía. Así ha ido Bonifaz Nuño por la vida y por las palabras que dictan su poesía.

Nos hace mirar con ojos de un ayer que ya no existe. Porque ayer es el recuerdo de ayer y el presente nos aprisiona en su ilusión de tiempo. Y entonces las palabras, las palabras del poeta, son evocación de lo que al ser recuerdo ya no es, y es lo mismo si en la poesía es:

siento que me llamas, y en tu boca
llega la canción que cantaste a oscuras
una vez delante de mí.

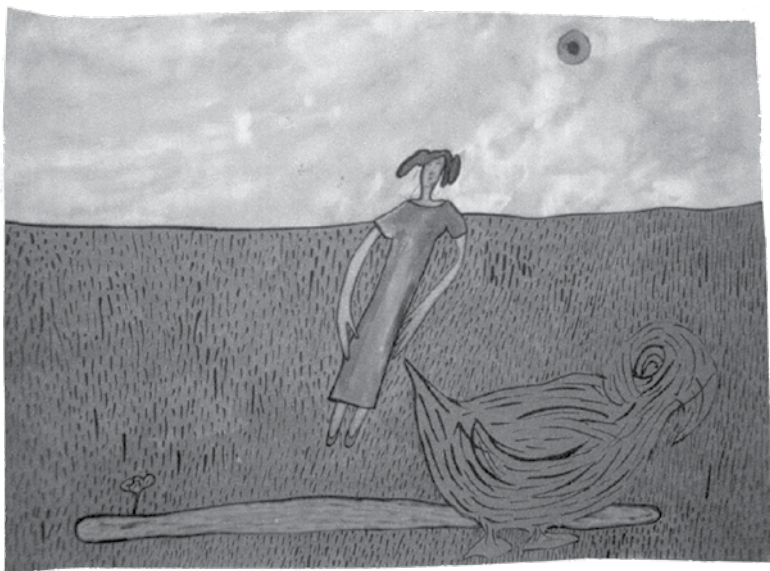
Cantabas.

Y yo que te escucho paso en silencio.
Lloro encadenado al sueño triste
como al pie del mástil solo de un barco.²

La poesía evidencia, en el presente perpetuo, lo que en verdad alguna vez fue, tú y “El que contigo estuvo”, “quien vio que te ibas, supo que te ibas; / pero no te pidió como cualquiera”, para quien las cosas verdaderas son aquellas que han sido tocadas con la magia de la persona amada y son, entonces, los fetiches en los que el ser amado se en-

cuenta de algún modo, pues “cualquier cosa tuya, / por pequeña que fuera, siendo tuya... / Y que, por no tenerla, estoy muriendo”.³

El poeta se concibe como sombra y la poesía, la muchacha que desde sus sueños nos mira, es la luz que ilumina la penumbra donde estamos. Y solos estamos recurriendo a las palabras porque sólo las tenemos a ellas para poblar el mundo imaginado; un mundo, el real, que a fin de cuentas a ella le pertenece. “Todo poema es un borrador de la Poesía”,



anotaba, como quien fugazmente advierte una verdad que se deshace en ese preciso instante, Adolfo Bioy Casares.⁴ Las heridas después de la refriega, las huellas dejadas en las copas por manos femeninas cuya ilusión se borra a pesar de nuestro esfuerzo. La poesía, sí, ilumina, pero las palabras son su sombra, su huella. La poesía, sí, ilumina el recuerdo de que todo acabó, y alguien apagó la luz.

Bonifaz Nuño es Mismo y es Cualquiera. Quien cierra la puerta después de ver la luz. Quien, loco, habla de quien ya no está. “Una manzana marchita” que ella sostiene y siente “una vaga tristeza”,⁵ por ese símil de una fruta viva. Porque Cualquiera, tú, yo, llega a una fiesta

Y encuentra parejas impenetrables
y hermosas muchachas solas que dan miedo
—pues uno no sabe bailar y es triste—

ese Cualquiera que mira desde afuera

de noche, las casas iluminadas,
y a veces quisieran estar adentro:
compartir con alguien mesa y cobijas
o vivir con hijos dichosos;

y luego comprenden que es necesario
hacer otras cosas, y que vale
mucho más sufrir que ser vencido;⁶

pues alguien tiene que cerrar la puerta y escribir.

En *La muerte del ángel* (1945), su primer libro, es la muerte un “ángel exterminador”, y su obra, la ilusión de una rosa que junto a nosotros quisiéramos ver al despertar. Y al soñar el ángel se sueña con la rosa, y es la rosa el instante inmóvil, luminoso, del que no se quiere despertar, y la única prueba de su existencia efímera son las palabras que se entonan en su nombre. Por ello es tan amargo despertar, pues sólo se puede vivir para soñar la rosa. “Flor inmóvil”, escribe el poeta, y añade: “rosa repentina”. Así es la poesía, recuerdo del recuerdo, “luz vacía” que “surge y se deshace cada instante / para volver a ser la misma rosa”. Los tres temas de la poesía —el amor, la muerte y la vida— reunidos en la imagen de la rosa, como en algunos de los versos de Carlos Pellicer, poeta solar, con los que ejemplificaba Luis Rius el enigma del poema:

Aquí no suceden cosas
de mayor trascendencia que las rosas⁷

Como decir que aquí, en estas líneas que aluden a otras líneas, no sucede algo más interesante que la poesía. Siguiendo a Pellicer, diríase que la rosa es la poesía, y lo demás es sólo interesante.

Para Bonifaz Nuño, como para casi todos los grandes poetas, la mujer es la poesía, el sumario del saber (la mujer no es algo a conocer, es el conocimiento mismo, escribía Octavio Paz).⁸ Y de su ausencia es de lo que habla el poema. El poema es, en este caso, la consumación de la poesía; es lo que queda después de haber visto o haber creído contemplar la rosa que denominamos poesía. La sombra de su ausencia. La sombra que se proyecta después de haber sido iluminados. Las palabras como única evidencia de su efímera existencia. El poema, negro espacio, es la metáfora de lo ausente, de lo que se ha ido; el modo, a veces desesperado, de llenar el espacio vacío de nuestra existencia.

En 1953 publica *Imágenes*, volumen en donde se percibe al cuerpo abandonado en sueños como un barco y con la carne atada “sobre los endeble huesos”, carne “que ha de recorrer la muerte algún día”.⁹ En los versos encontramos una lluvia perenne. La lluvia es la lluvia y es la existencia, en la que también, en ocasiones, surgen, como flores, palabras

bellas para nombrar la lluvia sobre la sombra abierta de nuestro valle metafísico. El deber nuestro es encontrar, en medio de esa lluvia, “un modo inocente de estar contento”.¹⁰

El poeta, equiparable a Rulfo, parece describir la vida y el lento acostumbrarse a la muerte como una escritura que se escribe desde un camposanto.¹¹ La muerte atraviesa los cuerpos y los convierte en nostalgia, en donde, simultáneamente, muere la rosa y está “por siempre viva”.¹² Un camposanto habitado por los trabajos de un Hércules derrotado, al que le queda la nostalgia del canto. Cercar de palabras la rosa, para que la poesía persista entre la “lluvia eterna”.¹³

En 1956 aparece *Los demonios y los días*. En el libro, el poeta nos impone el deber de estar armados en la soledad y frente a la soledad. Sabernos solos en la vigilia y sentir en ello, casi con placer, que nos vamos muriendo: la única certeza que tenemos. Y si vivimos, si la vigilia predomina en nuestros pasos, es porque a ella, la mujer que es poesía, rosa y es el amor que le da sentido a la existencia, la encontramos en sus sueños, en su féretro de cristal en donde también nos sueña para después olvidarnos durante el día. Y para aguantar su despedida es que debemos armarnos de un valor que sólo las palabras alivian, si algo alivian.

En uno de sus poemas, un adolescente, con el pudor encima típico de la edad, conduce a su novia a la puerta de su casa, para después alejarse de ella y encontrarse, entonces, con la “otra” en un hotel. La otra es una ramerilla con la que sacia aquello que con la novia no pudo o no quiso, y siente vergüenza, no por él, que ya es bastante ignominia, sino por la desdichada, pues para ella tampoco es él a quien espera. Doble soledad que le impone la tarea de escribir y a ella, la prostituta o la novia, el deber de esperar, el deber de soñar. Y escribir es un deber para el poeta adolescente, el deber de comprender las cosas, saber cosas aun sin conocerlas, ese es su milagro; el milagro que justifica al poeta. Saber, por ejemplo, que ella, al fin, tocará la puerta y al abrirla no estará nadie, porque no sabe en dónde vive a quien busca, porque no sabe que ese alguien la espera, pues ese alguien también ignora que es buscado.

Nevermore le llamaba en su diccionario Edgar Allan Poe a esa espera infructuosa. De la mujer amada, alegoría (así es siempre) de la poesía, en su célebre poema “El cuervo”,¹⁴ en donde el reencuentro es imposible porque la muerte ha creado un muro infranqueable, la puerta detrás de la que al abrirse aquélla nunca estará. En Bonifaz Nuño el cuervo, también posado en la cabeza de la diosa Atenea, se transforma en las rasgaduras que con las alas del ave le impone

al papel el negro plumaje de sus letras; el reencuentro es, en su caso, más que imposible, improbable, pues la barrera no es la muerte, sino el desencuentro entre la vigilia de quien debe estar despierto y los sueños de ella en su féretro nocturno. También como en el poema, inconcluso, de necrófilo erotismo, de López Velarde, “El sueño de los guantes negros”,¹⁵ en donde, en sueños, los amantes son capaces de atravesar la barrera de la muerte, del olvido y aun de la indiferencia, y por eso es tan difícil despertar, decía, y más si el poeta siente, como Bonifaz Nuño, la obligación de estar despierto.

En otro de los poemas de *Los demonios y los días* se nos induce a contemplar la necia tarea de la mosca enfrentada a la invisible y dura barrera del cristal de una ventana: no puede llegar al lugar deseado porque no logra comprender que es irrealizable atravesar así la muralla, como es inútil intentar ayudarla. La mosca es el poeta y es cualquiera de nosotros. Perdidos en el hábito de la rutina y en la suerte ingrata de nuestras tareas cotidianas, nos topamos con el duro cristal de la realidad y cavilamos –creemos cavilar– acerca de esta nuestra suerte existencial y terminamos apoyados, como él, en el infranqueable cristal de la ventana. Somos la mosca que no advierte la dificultad de soñar y, a la vez, estar despiertos. La presencia de López Velarde es también advertible; en este caso, a partir de su breve ensayo *Obra maestra*,¹⁶ en el que el poeta contempla un tigre desolado en su minúscula jaula de zoológico. El tigre es un soltero solitario que da vueltas en una habitación sin encontrar salida, el solitario es el poeta que hace ochos mientras en su imaginario engendra al hijo perfecto, un ángel caído, que encierra su poesía.

En uno de sus libros, *Movimiento perpetuo*, Augusto Monterroso,¹⁷ que gustaba de contar fábulas, aludía a una idea del filósofo Ludwig Wittgenstein: la tarea del filósofo es enseñarle a la mosca a salir del frasco, evadir el cristal de la ventana; a fin de cuentas, la mosca es propuesta como uno de los grandes temas de la filosofía. De manera que para Monterroso los tres grandes temas humanos son “el amor, la muerte y las moscas”, pues, “claro, donde uno pone el ojo encuentra las moscas”.¹⁸ La solución que nos propone al dilema de la mosca (y con ella la del tigre enjaulado) es el humor. Monterroso procura mofarse antes que cavilar (ahí observa nuestro error) acerca de nuestra irremediable estupidez frente a la barrera del cristal; mofarnos de cada uno de nosotros, pues, como la mosca, habremos de estrellarnos en el cristal y no hay remedio, y que el cuervo, el de la fábula de Esopo más que el del poema de Poe,

desgraciadamente, ante las adulaciones de la astuta zorra, nos dice el cuentista de origen guatemalteco, siempre, irremediabilmente, soltará el queso.¹⁹

Bonifaz Nuño, decididamente escéptico, no cree en las soluciones: no hay manera de evitar el cristal de la ventana y no tiene el ánimo de la risa, pues su pasión, su lucidez, su inclinación inevitable es la desdicha. Sabe que cuando tenía, digamos, veinte años, y ese acontecimiento es una lección para siempre, la muchacha a quien espera no llegará a la cita, a pesar de haberse puesto el menos raído de sus dos trajes raídos, y él tendrá entonces la conciencia, el deber solitario de regresar al hogar para recargar la frente en el cristal de la ventana, que es el modo de saberse despierto. Lo que procede, entonces, es rasgar el papel como si se tratara del cristal de la ventana con las plumas negras de su cuervo y recargar no la frente sino la pluma en el aire endurecido del cristal de la ventana. Y saberlo con la certeza de que hay que pisar nuestros fracasos y seguir; armarnos de valor para vivir, para merecer morir con entereza y encontrar en ello un dolor tan hermoso que, en la sombra de las palabras, ilumine con algo de belleza la desdicha insalvable:

A veces un verso hermoso temblando
alumbra la hoja en la que escribo;²⁰

En *El manto y la corona*, de 1958, insiste en este dolor que cala y se admite porque es bello y nos ilumina: nos hace saber. Nos hace estar del lado de la belleza, pues “hasta en mi contra, estoy de parte tuya”,²¹ y eso justifica el dolor porque ese es su modo ingrato, e ineludible, de saber. La corona a la que alude el título es una llama, la llama de la amada y sus alegorías; y el manto el cuerpo desnudo de la bella que hace al amor inevitable y triste, y al que vestimos, cubrimos, con un manto de palabras que merezcan, quizá, su mirada, en cuya flama el poeta se suicida para ser parte de esa llama, de esa luz. Al punto que el deber obliga a ser “el discípulo fiel de la amargura”.²² La imagen recrea, en uno de los poemas más celebrados del poeta, el cuadro de Ingres, *La fuente* (iniciado en 1820 y concluido en 1856), el más puro, en términos de su capacidad técnica, de los pintores del periodo neoclásico,²³ en donde una dama desnuda, de grácil figura y sobre un fondo rocoso, lleva en su hombro un cántaro de agua. Lo femenino es la fuente de inspiración del pintor y del escritor. Escribe Bonifaz Nuño: “como si regresaras de la llave del agua / llevando un cántaro en el hombro”.²⁴ Un cántaro de agua que es la vida, mientras la desnudez de la muchacha nos deslumbra y nos

hace ver. Un referente literario relevante en la dubitación de Bonifaz Nuño son, tal vez, los versos de un soneto del poeta novohispano Luis de Sandoval y Zapata, “A una mariposa en el fuego”,²⁵ donde la mariposa juega con la llama de una vela y se le acerca peligrosamente hasta quemar, dichosa, sus alas. La fascinación de ser parte de esa luz a la que ama y en la que se incinera. El poeta revolotea, tiembla ante la flama, sabe que la muerte lo convoca, y como el cuervo de Edgar Allan Poe habrá de posar sus alas en la luz del busto de Palas Atenea, que al pertenecerle lo extingue.

En el poemario se reconoce también, de modo preponderante, un tema bíblico: la tarea adánica de nombrar el mundo. Pero en ello no está solo; necesita de Eva, ella es el camino de la sabiduría. Ella es quien se encarga de alumbrar las cosas que los rodean. El mundo es mundo porque cada cosa que ella toca la va haciendo suya, y en esos objetos el poeta se reconoce, no porque sean su espejo sino porque la rosa-Eva las ha dado su luz, las ha hecho perceptibles. La tarea del Adán-poeta consiste en ser “el testimonio / de tu existencia verdadera”.²⁶ No es ella, sino él, el espejo de la dama, “al que llegas a diario a visitarte”,²⁷ pues son de aquella rosa, con el cántaro en el hombro, los signos que recrea el encargado de nombrar el mundo, y es en esos signos donde ella se contempla a sí misma, y es así que surge el artilugio de que al necesitarla le hacemos falta; al menos para mirarse, para saber que en nosotros está sola, una soledad que no es suya ni mía, sino nuestra:

...Tu desventura
ya no es completa desde que te amo.
[...]
porque te necesito te hago falta.
Tu soledad no es sólo tuya, es nuestra;²⁸

Y la mariposa, seducida, se acerca a la llama de la vela, a la luz diáfana y persistente, para hacerla suya al consumirse en ella, para saber que la muerte es lo único que nos consta.

En *Fuego de pobres* (1961) hay ese mismo juego de asomarse, dejarse seducir por el instante de la muerte y sus metáforas. La amada que llega cuando uno ya se ha ido y que hace improbable el morir juntos. La existencia como una lluvia que cae sobre el Valle de México, sumario de un mundo adverso, que así es y no tiene remedio. Un mundo para el que debemos estar armados; es decir, sin ilusiones. Saber que enfrente encontraremos un cristal impenetrable. Aunque se desliza en él una esperanza, nos deja pensar que la ventana puede abrirse: “Tal vez alguien nos mira que dormimos”, dice, pues quizás estamos dormidos. Y por

qué, entonces, no alegrarnos si habremos de cualquier modo de irnos. Y en esa fugacidad la necia realidad le recuerda que no sabe en qué estación de trenes fue la última ocasión en la que no se encontraron, cuándo fue el último sueño en el que creyeron verse y despertaron. Y vuelve a ser el pez en la arena que mira con nostalgia el mar que creyó suyo.

Para fiarse de Nezhualcóyotl,²⁹ y decir con él y con su manto:

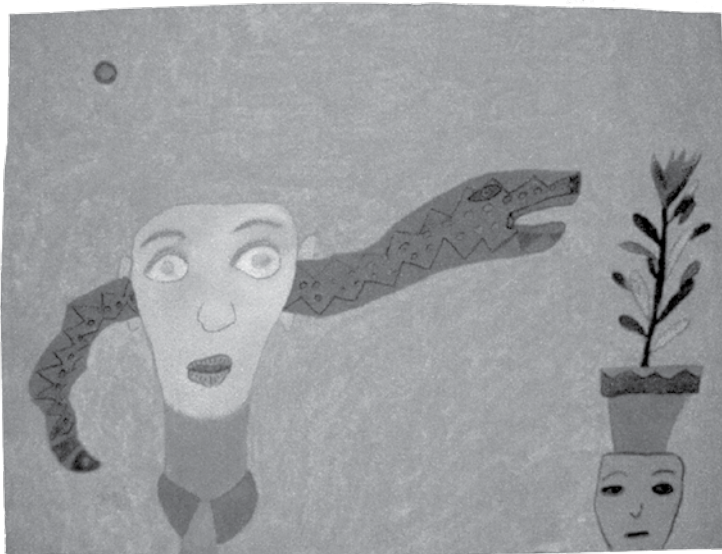
Amigos, era cierto;
nada tenemos nuestro para siempre.
El morir procuramos, con tan sólo
querer el otro día.
Y este ahora,
que me acerca a mañana,
es ya mañana un poco en que me acabo.
[...]
y echados somos de la fiesta
antes de tiempo y sin remedio.³⁰

En *Siete de espadas* (1966) Bonifaz Nuño se ciñe a la contundencia de escribir acerca del azar de siete versos en ciento cuarenta y tres poemas. Las cartas han sido echadas y cada quien con su partida y con la suerte que le toca. Entendemos cada uno la baraja y al poeta le bastan las frases por todos concebidas, dichas con “voz de fuerza de coral bien abastada”.³¹ Y la partida inicia como un *cup de dés* en la lírica de los versos que animan un juego de espejos, donde el juego de la baraja marca estrategias donde “yo soy el que te mira / desde el espejo de alguien que nos mira”.³² Batallas nocturnas “para no recordar a ciegas”, y somos tigres ambulando por la noche que nos cubre de rayas; rayas que son la lluvia perenne sobre nuestro valle metafísico. Y en la baraja batallamos, vemos lo que de día escuchamos y en la canción que escuchamos reverbera la combinación de la partida. Y creemos en la suerte, es obligado, y soñamos con la fortuna del as de oros y nos cubre entonces, no habría de sorprendernos, con su augurio maléfico el siete de espadas, de modo que no tenemos más remedio que ceñirnos a la suerte “para jugarlas bien las cartas malas”:³³ es ese, y no otro, el juego. Y la mosca sigue, en tanto, con su infructuoso vuelo, aunque en el juego aparezcan reyes y nos enternezca sabernos aun así perdidos; aunque el juego siempre, en su azar, nos dé esperanzas:

Un día dame, vida; un día sólo
de gloria; la medalla pura
de un domingo de fiesta, antes que sea
descarnado, abierto, empobrecido.

Dame la gloria laica de ser hombre
y cumplirlo, las valientes glándulas
y el compartido honor de acabar solo.³⁴

Danos, pues, vida, la suerte no de ser afortunados en el juego, sino la suerte, como la gente dice, de sacarnos el tigre, y ser nosotros ese tigre, el solitario desvelado de la noche que desgarrar en las tinieblas la presa que es él mismo. Dardos que en pleno vuelo eligen, así, el destino, dirigirse al corazón harto de recuerdos que provee el desvelo nocturno, pues ser hombre y tigre es la suerte de quien tiene el deber de velar armas y resistir el estar solo. El tigre solitario que ronda la celda solitaria de su conciencia y de sus obsesivos recuerdos. Y en el fondo rayado de la lluvia, la tímida esperanza de vencer el presagio de “las siete espadas / nuestras de cada



día”,³⁵ y mientras, persigo el rayado traje, de lluvia y de tinieblas, que miro ajeno, pero aun así lo porto.

No nos podemos acercar al fuego sin arder con él. Así es la belleza a la que le canta el poeta: una flor cuya llama, al consumirse, nos consume. Es el canto que Bonifaz Nuño sigue en *El ala del tigre* (1969). Un carpintero voluntarioso que construye, a lo largo de su vida, su propio féretro, donde su carne, al pudrirse, tendrá quizá la flaca dicha de dar flores. Un canto de flores, el antiguo canto de la guerra florida. El corazón sangrante donado para que la belleza no deje de alumbrarnos. Nos revela que no es posible acercarse de verdad a la belleza sin destruirnos, sin dejar de ser la ofrenda y que la muerte nos gane poco a poco. El féretro es un tintero en el que el tigre va dejando sus alas. Imagen dual del depredador nocturno y del emblema diurno del águila en la que compagina su herencia mesoamericana, en el cual gesta el doble movimiento poético en donde

para morir canta, y por cantar muere. Con su canto, así sea en la fantasía del verso, desnuda a la amiga amada, la flor que lo ilumina. Vestida con su mirada, la desnuda con palabras, en donde lo real es aparente, y la apariencia la única vestimenta que la cubre:

Sin desvestirte, estás desnuda.
Y creo, muriendo, en la divina
carne, y en la luz resucitada.³⁶

Al vestir con la mirada a la amada –metáfora del amor, de la belleza, de la poesía, de lo indecible que atina de cualquier modo a decirse– la cubre el poeta con los signos de su desnudez, pues en el dual juego de vestir y desvestir con la mirada se crea el puente que los une, y le permite a la poesía entregarse a esa mirada que la ciñe y, como la mariposa de Sandoval y Zapata, el tigre alado de Bonifaz Nuño y el tigre solitario de López Velarde al entregarse se consume, pues “por el gusto de morir, vivimos”.³⁷ Deslumbrados por saber que morimos, que la belleza es eterna (aunque su eternidad dependa de nuestra mirada) y nosotros transitorios, cantamos a la vida desde nuestro féretro de tinta, al modo como Valéry lo enseña en *El cementerio marino*:³⁸

Como una fruta que disuelve
Contra el paladar sus alas dulces
[...]
la noche del cantar me puebla.³⁹

Y con Neruda,⁴⁰ en donde es tan corto el amor como largo el olvido:

Como quien se cura en cucharadas
amargas te olvido y te recuerdo
[...]
y me duele y me aguanto, y tengo
la puerta cerrada, por si vuelves.⁴¹

Y unidos en la misma llama, poesía y poeta, vida y poema, amor y muerte, al entregarnos –es un decir, pues es el poeta quien lo enuncia– nos hacemos en la llama, y ella es, finalmente, en uno, una misma soledad compartida:

Si no soy más que yo mismo,
¿qué puedo darte que no sea
yo mismo?
[...]
y si soy tú misma, y si tú eres
tú misma, ¿qué otra cosa puedo
darte que no seas tú?⁴²

Heridos de ser y heridos de estar, así lo expresa Bonifaz Nuño, así venimos a construir nuestro propio féretro e incendiarnos con él e iluminar, en el trágico arrebato, nuestros recuerdos.

De otro modo lo mismo se corona con La flama en el espejo, libro de 1971. El hércules poeta y sus trabajos de palabras resume su anhelo en la esperanza de ser parte del orden universal que la rosa inaugura cada día. La tarea del hombre, se entiende, sus trabajos, se infiere, consiste en trabajar para la dicha de la rosa. No hay más. El prodigio de la poesía, que es la del eterno femenino, símil de la bóveda celeste que nos cubre, la rosa que al abrirse en su amanecer engendra el alba, el día de cada día. Y ese es el pan que nos consagra.

Sabio de tanta muerte y conseguir con sus restos las flores que celebran a la rosa, Bonifaz Nuño destila cada vez el poema que se acerca más y más a la llama que llamamos poesía, y se incendia. En los poemarios reunidos en *Versos* (1978-1994) decanta, con una precisión digna del arquero que sabe unir la flecha con el blanco, los temas que, a pesar de conocidos, reconocemos de nuevo, como un día que se parecerá al siguiente y, a la vez, será nuevo y distinto: el mismo. En *Tres poemas de antes* (1978) declara:

Acaso una palabra
tan sólo sé decir:
[...]
Decir adiós, hablar para perderte,
y saber que un instante,
el anudado instante que lo digo,
puedo tenerte asida y te detengo.⁴³

Un adiós que lo liga a la amada que se aleja y que no puede despreciar la despedida, el instante se hace eterno, pues como a José Alfredo Jiménez, en su canción “Ella”, no podía despreciarlo en “el último brindis / de un bohemio / por una reina”. Lo popular y la herencia oceánica de la poesía universal, en donde la reiteración es novedad y el recuerdo, presente verdadero: “En la estación oscura / lo sé: no has de volver; pero te llamo (...) Un viaje / nunca tiene regreso, y la mirada / última que me diste, ¿la recuerdas?, / no volverá”.⁴⁴ Hay tal pulcritud en los recuerdos, como si después de nublarle los ojos el adiós definitivo regresara ella entera (la amada, la rosa, la poesía que se escapa apenas se vislumbra), y la conciencia de que la primavera es el comienzo del otoño y que, en el azar maligno de las espadas en las cartas echadas en el juego, se espera a quien no llegará nunca, y se encuentra a quien no se busca. El

viaje que nunca tiene regreso como el signo definitivo de la melancolía.

En *As de oros* (1981) el mundo nuevo se construye sobre ruinas que habrán de ser ruinas para otro nuevo mundo, y así sucesivamente. En su escritura, bastan dos para construir Babel, sobre un mundo construido sobre escombros; la Babel de cada día. Las imágenes trasmudan del tigre solitario a un minotauro vencido por la triunfante Ariadna. Ella muta su presencia de rosa concebida para el instante, tanto eterno como fugaz, en un sol sangrante, como el corazón herido del poeta. La ciudad de México, eso es posible, se mira en esa ruina sobre otra ruina, y él, el poeta que habla en nombre de la tribu, es el viejo que en el espejo se mira encanecido y mira también, desde quien fue, lo que quiso ser, armado de valor, a pesar de todo.

Alguien que fui me está mirando
y mirándolo estoy, y miro
en el que fui que soy. Y claro,
multiplicado por espejos
de siglos, me alcanzo y me enriquezco.⁴⁵

La flama es un espejo que nos hiere, nos hace ver encanecidos, aun desde la lozanía juvenil. Y el espejo es la rosa encendida, una flama soberbia que, como el sol de cada día, muere y nace con “su cabeza de jaguar en llamas”.⁴⁶ El sol, la rosa, anochece en su sepulcro de pétalos de sueño para anunciar su regreso, redondo como una “sortija de bodas, incontable / puente circular, para sí mismo / construye futuras migraciones”.⁴⁷ Un puente circular, y por lo tanto, improbable puente, sortija que desune en su circularidad cerrada y perfecta. Y nos queda el espejo en el que han pasado los amores, en el que cada uno de nosotros pasamos y nos hacemos viejos, y la flor incandescente, joven siempre, que con su flama nos seduce.

En la poesía de Bonifaz Nuño nos encontramos con el sucesivo acercamiento del poeta, quien es cualquiera de nosotros, a la rosa. La rosa es la poesía y es la rosa figurada en el instante perdurable, en donde el poema es su consumación. Surge, el poema, del incendio del amante y de su rosa, y morir, entonces, es dulce y amargo, el adiós que los reúne, al poeta y su amada, al poema y la poesía, acaso en un recuerdo que cala en un recuerdo más, nuestra única eternidad de luces y sombras. Como apuntaba Nerval: “el sol negro de la melancolía”.⁴⁸•



Notas

¹ Miguel Hernández, *Cancionero y romancero de ausencias* (1938-1941), en *Poesías*, La Habana, Arte y Literatura, 1976, pp. 357-358.

² Rubén Bonifaz Nuño, *Imágenes* (1953), en *De otro modo lo mismo*, México, FCE, 1979, p. 41.

³ Rubén Bonifaz Nuño, *El manto y la corona* (1958), en *De otro modo lo mismo*, op. cit., p. 184.

⁴ Adolfo Bioy Casares, “En memoria de Paulina”, en *La trama celeste*, Madrid, Alianza, 1999, p. 7.

⁵ Rubén Bonifaz Nuño, *Imágenes* (1953), en *De otro modo lo mismo*, op. cit., p. 43.

⁶ Rubén Bonifaz Nuño, *Los demonios y los días* (1956), en *De otro modo lo mismo*, op. cit., p. 140.

⁷ Carlos Pellicer, “Recuerdos de Iza”, en *Material poético*, México, UNAM, 1962, p. 53, apud, Luis Rius, *La poesía*, México, ANUIES, 1972, p. 9.

⁸ “...la mujer no es solamente un instrumento de conocimiento, sino el conocimiento mismo. El conocimiento que no poseeremos nunca, la suma de nuestra definitiva ignorancia: el misterio supremo”, Octavio Paz, “Los hijos de la Malinche”, en *El laberinto de la soledad. Posdata y regreso a El laberinto de la soledad*, México, FCE, 2000, p. 73.

⁹ Rubén Bonifaz Nuño, *Imágenes* (1953), en *De otro modo lo mismo*, op. cit., p. 41.

¹⁰ *Ibid.*, p. 48.

¹¹ En Bonifaz es un muerto quien escribe, alguien que ha muerto por ausencia, por desamor; una muerte que no acaba de matar y cuya metáfora es la de un pez que contempla, angustiado, el mar que creyó suyo desde la arena. En Rulfo, en *Pedro Páramo*, el narrador está muerto y desde su tumba nos cuenta su historia de desencuentros.

¹² Rubén Bonifaz Nuño, op. cit., p. 58.

¹³ *Ibid.*, p. 61.

- ¹⁴ “Then the bird said ‘Nevermore’”, en Edgar Allan Poe, *The Raven-El cuervo* (1892), México, El Colegio Nacional / El Tucán de Virginia, 1998, pp. 22-48.
- ¹⁵ Ramón López Velarde, *El son del corazón* (1932), en *Poesía completas y El minuterero*, México, Porrúa, 2000, pp. 259-260.
- ¹⁶ *Ibid.*, *El minuterero* (1923), en *Poesías completas y El minuterero*, op. cit., pp. 287-288.
- ¹⁷ Augusto Monterroso, *Movimiento perpetuo*, México, Joaquín Mortiz, 1972, p. 31.
- ¹⁸ *Ibid.*, p. 11.
- ¹⁹ Augusto Monterroso, *Viaje al centro de la fábula*, México, 1981.
- ²⁰ Rubén Bonifaz Nuño, *Los demonios y los días* (1956), en *De otro modo lo mismo*, op. cit., p. 120.
- ²¹ Rubén Bonifaz Nuño, *El manto y la corona* (1958), en *De otro modo lo mismo*, op. cit., p. 167.
- ²² *Loc. cit.*
- ²³ Ante Ingres “hay que arrodillarse”, sugería el crítico de arte Paul Westheim, en *Arte, cultura y sociedad*, México, SEP, 1972.
- ²⁴ *Ibid.*, p. 186.
- ²⁵ El último terceto del soneto dice: “Dichosamente entre sus lumbres arde; / porque al dejar de ser lo que vivías, / te empezaste a volver en lo que amabas”. Luis de Sandoval y Zapata, “A una mariposa en el fuego”, en Gabriel Zaid (comp.), *Ómnibus de poesía mexicana*, México, Siglo XXI, 1995, p. 371.
- ²⁶ Rubén Bonifaz Nuño, op. cit., p. 173.
- ²⁷ *Ibid.*, p. 176.
- ²⁸ *Ibid.*, p. 171.
- ²⁹ “¿es que en verdad se vive aquí en la tierra? / ¡No para siempre aquí! / Un momento en la tierra. / Si es de jade se hace astillas, / si es de oro se destruye, / si es plumaje de quetzal se rasga. / ¡No para siempre aquí! / Un momento en la tierra”. Miguel León-Portilla, *Nezahualcóyotl. Poesía y pensamiento*, México, Gobierno del Estado de México, 1972.
- ³⁰ Rubén Bonifaz Nuño, *Fuego de pobres* (1961), en *De otro modo lo mismo*, op. cit., p. 257.
- ³¹ Rubén Bonifaz Nuño, *Siete de espadas* (1966), en *De otro modo lo mismo*, op. cit., p. 310.
- ³² *Loc. cit.*
- ³³ *Ibid.*, p. 315.
- ³⁴ *Ibid.*, p. 314.
- ³⁵ *Ibid.*, p. 338.
- ³⁶ Rubén Bonifaz Nuño, *El ala del tigre*, en *De otro modo lo mismo*, op. cit., p. 403.
- ³⁷ *Ibid.*, p. 372.
- ³⁸ “Como la fruta se deshace en goce / y su ausencia en delicia se convierte / mientras muere su forma en una boca, mi futura humana aquí respiro, / y el cielo canta al alma consumida / el cambio de la orilla y el rumor”. Paul Valéry, *El cementerio marino*, en *Baudelaire, Rimbaud, Verlaine, Mallarmé, Valéry*, México, Conaculta, 1992, p. 432.
- ³⁹ Rubén Bonifaz Nuño, op. cit., p. 359.
- ⁴⁰ “Es tan corto el amor y es tan largo el olvido”, poema 20, en Pablo Neruda, *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, Santiago, Nacimiento, 1924.
- ⁴¹ Rubén Bonifaz Nuño, op. cit., p. 404.
- ⁴² *Ibid.*, p. 382.
- ⁴³ Rubén Bonifaz Nuño, *Tres poemas de antes* (1978), en *Versos*, México, FCE, 1996, p. 9.
- ⁴⁴ *Ibid.*, p. 12.
- ⁴⁵ Rubén Bonifaz Nuño, *As de oros* (1981), en *Versos*, op. cit., p. 52.
- ⁴⁶ *Ibid.*, p. 109.
- ⁴⁷ *Ibid.*, p. 92.
- ⁴⁸ “le soleil noir de la Mélancolie”, Gérard de Nerval (1854), “El desdichado”, en *Les Chimères*, París-Ginebra, Droz-Minard, 1969.

Bibliografía

- Bioy Casares, Adolfo, *La trama celeste*, Madrid, Alianza, 1999, 173 pp.
- Bonifaz Nuño, Rubén, *De otro modo lo mismo*, México, FCE (Letras Mexicanas), 1979, 472 pp.
- , *Versos (1978-1994)*, México, FCE (Letras Mexicanas), 1996, 352 pp.
- Hernández, Miguel, *Poesías*, La Habana, Arte y Literatura, 1976, 430 pp.
- León-Portilla, Miguel, *Nezahualcóyotl. Poesía y pensamiento*, México, Gobierno del Estado de México, 1972, 106 pp.
- López Velarde, Ramón, *Poesía completas y El minuterero*, México, Porrúa, 2000, 375 pp.
- Monterroso, Augusto, *Movimiento perpetuo*, México, Joaquín Mortiz, 1972, 155 pp.
- , *Viaje al centro de la fábula*, México, 1981.
- Neruda, Pablo, *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, Santiago, Nacimiento, 1924.
- Nerval, Gérard de, *Les Chimères*, París-Ginebra, Droz-Minard, 1969.
- Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, en *El laberinto de la soledad, Posdata y Vuelta a El laberinto de la soledad*, México, FCE, 2000, 352 pp.
- Poe, Edgar Allan, *El cuervo-The Raven*, México, El Colegio Nacional / El Tucán de Virginia, 1998, 87 pp.
- Rius, Luis, *La poesía*, México, ANUIES, 1972, 32 pp.
- Sandoval y Zapata, Luis de, “A una mariposa en el fuego”, en Gabriel Zaid (comp.), *Ómnibus de poesía mexicana*, 18ª. ed., México, Siglo XXI, 1995, 695 pp.
- Valery, Paul, *El cementerio marino*, en *Baudelaire, Rimbaud, Verlaine, Mallarmé, Valery*, trad. Jorge Guillén, México, Conaculta, 1992, 492 pp.
- Westheim, Paul, *Arte, cultura y sociedad*, México, SEP, 1972.

CARLOS GÓMEZ CARRO es profesor-investigador del Área de Literatura de la UAM-A; coordinador editorial de *Tema y Variaciones de Literatura*, revista del Departamento de Humanidades.